

tra la ignorancia envuelta en la ferrea armadura de preocupaciones seculares.

V.

Pero al lado de esas tremendas batallas por el progreso material, ó si se quiere, por el progreso científico-experimental, otros combates más reñidos y sangrientos se han librado por los intereses del *alma*; y del choque de la conciencia de los pueblos y de la conciencia de los siglos han surgido lides más sangrientas y transformaciones más radicales. El sempiterno Cristo de la idea no ha podido extinguirse en las agonías del Gólgota, ni ha sucumbido ante las irónicas carcajadas de Cervantes; la sangre del Calvario trajo tres siglos de mártires, y ¡extraña ironía de la historia! el mismo libro que inspiró al mutilado de Lepanto aquella inmortal caricatura que más parece un drama, ese mismo libro, el *Amadis de Gaula*, inspiraba en la misma época al mutilado de Pamplona, á Ignacio de Loyola (1), aquella gloriosa ó tenebrosa creación, como quiera llamársela, aquel qui jotismo de negros adalides del absolutismo del Pontificado. ¡Y ese despotismo de la legión jesuítica hace cuatro siglos que

(1) Véase Historia Universal de Onken, Tomo VIII, *Fundación de la Orden de los Jesuitas*, página 8.

pesa sobre los destinos morales del mundo, como la locura de la cruz hace diecinueve siglos que pesa sobre la conciencia humana!!!

¡Y qué de extraño hay en esto si la lucha por la vida del *alma*, por la vida de la *conciencia*, y no la lucha por la vida de la materia, es la que ha prevalecido y prevalecerá en las tendencias de los hijos de Jafet, porque la aparición, persistencia y soberanía de la *conciencia humana* es el más alto y el más laborioso producto de la *evolución universal*; es el término de esa cadena de fuerzas que comienza en las energías de la naturaleza para llegar á las energías de eso que se llama *Voluntad humana*? ¡Qué tiene de anómalo esa locura de las razas pensadoras, cuando el triunfo de la *Personalidad Humana* con su triple corona de rey de la inteligencia, rey de los sentimientos y rey de la actividad consciente, no es otra cosa que el más elevado círculo de esa divina espiral de la creación que ha llegado á encarnarse en el *verbo-humanidad*?

Bien pueden los intereses materiales, las actividades bursátiles, los egoísmos de la burguesía satisfecha acaparar las energías de la inmensa mayoría de los humanos; esas incontables turbas de satisfechos, esa inmensa mayoría de burgueses está condenada, sin embargo, fatalmente, á ser arrastrada por las locuras de tres ó cuatro idealistas ó filósofos, á la manera que Sancho Panza, personificación de los hombres de buen

sentido de todos los siglos, está condenado (1) á ser el instrumento de las demencias de su amo.

Hace millones de años que la China posee la brújula, la pólvora y maravillosas aptitudes industriales; y sin embargo, esa raza languidece bajo el despotismo del celeste Emperador, conserva aún las prácticas bárbaras del infanticidio y ha inventado una máquina para recitar oraciones y antífonas, (semejante en su fisonomía de magia á las bulas de indulgencias de Inocencio III), y se arrastra en el fango de la abyección moral más degradante. Hace también centenares de años que una rama de la raza zenítica heredó la energía de los mercaderes de Fonicia, llevó sus conquistas á la Europa, fundó Califatos poderosos y llegó á ser en España el representante de la filosofía y ciencia griegas; y sin embargo, esa raza no ha podido salir de la poligamia y dobla la rodilla ante el despotismo de sátrapas insolentes. En cambio, en los momentos en que la barbarie y la anarquía del feudalismo parecían haber consumado la ruina de los sublimes restos de la civilización greco-romana, esa Europa bárbara libraba día á día combates sin tregua por ideales quiméricos ó por dogmas abstractos; y el arrianismo, y el gnosticismo, y el nestorianismo, y los milenarios y centenares de sectas fermentaban en el seno de aquella descomposi-

(1) Observación de Haine.

ción social engendrada por la decapitación del cerebro del mundo, por la muerte del Imperio. Y esa lucha de quimeras, esa aparente locura de metafísicos, de teólogos, de místicos ocultaba, encerraba realmente bajo formas religiosas el debate de los más altos problemas sociales (1) y encauzaba en zurcos de heregías y de cismas las pasiones, los intereses, los instintos de razas nacidas para el progreso y rebeldes á la disciplina del absolutismo intelectual y moral; esos debates siguiendo su espiral histórica inevitable y produciendo mártires desde Hipatia hasta Giordano Bruno, y desde Giordano Bruno hasta Savonarola y Juan de Hus se encarnaron un día en el alma de Lutero, que no era otra cosa que la síntesis y personificación del alma de Alemania, esto es, de la raza destinada á debelar las tiranías políticas y las tiranías espirituales. Y la revolución protestante produjo la revolución literaria llamada renacimiento y propagada por Erasmo, y la revolución literaria produjo la re-

(1) El hábito monacal, dice Renan, no era frecuentemente en la Edad Media más que un salvo conducto, una garantía de inviolabilidad; el hábito de San Francisco rayano en el de mendigo servía también en Italia y en el mediodía de Francia para cubrir peligrosas asociaciones populares La corrupción del clero provocaba esas reacciones peores que el mal; es notable, en efecto, que entre los autores de la época que nos han transmitido realmente el eco de la opinión pública, todas las simpatías sean para los beatos y los albigenses; estos son los santos y los puros; y los clérigos y ortodoxos, al contrario, los herejes.

volución filosófica acaudillada por Descartes, y la revolución filosófica produjo la revolución política acaudillada por casi todos los príncipes alemanes, y la revolución política trajo la inmensa revolución social patrocinada por la Francia.

VI.

¿Y qué es una revolución social? Es el tránsito de una forma de convivencia social caduca por insuficiente y estrecha para contener la vitalidad de una colectividad humana á otra forma de convivencia más amplia, más rica en estructura para encauzar el ímpetu de nuevas energías humanas. Las sociedades son *organismos vivos*; esta es una verdad conquistada por la ciencia, *organismos*, esto es, seres dotados de un aparato ó de un *conjunto de órganos cuyas funciones cooperan recíproca y gerárquicamente á la unidad de acción de la colectividad humana*; y así como en el plan magestuoso del desenvolvimiento de la vida en todos los seres conocidos á medida que se asciende en la escala de los organismos desde el infusorio al molusco, y desde el molusco al vertebrado, y desde el vertebrado al mamífero, y desde el mamífero al hombre se ve que la *vida, la energía universal, la fuerza inmanente* en el universo *busca* en cada etapa de esa evolución estructuras más complejas, perfectas y delicadas para

poder encarnarse en ellas y desplegar cada vez más exuberantes energías; así como la historia de nuestro globo nos revela los tremendos cataclismos y luchas porque ha atravesado la naturaleza en cada transición ó paso de una forma g ose-
ra de la vida á otra más perfecta forma; así también esos *organismos sociales*, último término de esa espiral siempre en progreso de formas de energía universal, esos organismos sociales han tenido que sufrir conmociones gigantescas y que atravesar por pavorosas revoluciones al sacudir los viejos moldes de la convivencia humana y elaborar y conquistar nuevas estructuras para nuevas energías de la evolución. Y podemos seguir con la historia en la mano la trayectoria luminosa, la sublime espiral que ha seguido ese *Organismo Social*, ese verdadero y perfecto y distinto *Ser* llamado *Sociedad*, en el éxodo mil veces secular de su peregrinación en este planeta.

Ultimo anillo de esa espiral de la creación animada que comienza en el protoplasma y en el infusorio, los *organismos sociales* representan la más acabada forma, el último esfuerzo, el coronamiento de esa labor misteriosa de las energías de la naturaleza en sus derroches de vida. No es el hombre, el hombre considerado individualmente, no es el alma de las unidades humanas, no son ellas, no, la suprema y más acabada obra de la energía, de la fuerza, de la omnipotencia en el seno del universo. No, en el plan gigantesca-

mente divino y divinamente gerárquico de la naturaleza, la nebulosa es una preparación de fuerzas cósmicas para que aparezcan los soles; los soles son el bíblico génesis de incontables energías mecánicas que lanzan al espacio sistemas planetarios; los sistemas planetarios son el laboratorio donde al calor de océanos ocultos de electricidad, sostenida por la fuerza rítmica de la gravitación, engendrada por misteriosas afinidades que tejen el delicado canevá de los organismos, iluminada por el dosel de púrpura de la luz etérea brota y se derrama la vida, la vida exhuberante en n. a. nantiales perennes de incontables variedades de formas; y esas formas y estructuras inferiores en su riqueza infinita van ascendiendo, ascendiendo desde el protoplasma hasta el hombre, desde las sencillísimas fuerzas de acción y reacción de la planta hasta el instinto del animal, y desde el instinto del animal hasta la conciencia del hombre; pero el hombre, el organismo anatómico, fisiológico y psicológico del hombre, el cerebro de los individuos, no es la síntesis de todas las energías de la creación, no es la última palabra de esa espiral de seres y estructuras de la vida, no es la expresión más acabada, más completa, más intensa de esa energía eterna que ha creado los soles para los planetas, los planetas para la vida, la vida para el instinto, el instinto para la *conciencia*. No; para que la conciencia *de la especie* llegue á su plenitud, á su mayor intensidad de ener-

gía y de acción, es necesario que se encarne, que se manifieste, que se actúe en una estructura más vasta, más perfecta, más duradera que el frágil y transitorio cerebro de los hombres; es necesario que la *Conciencia*, último esfuerzo de la naturaleza, llegue y pueda llegar al último grado de su propia evolución, y para ello es necesario que la especie humana en su trayectoria por los incommensurables tiempos tenga un organismo, una estructura, un cerebro adaptado á la *conciencia de la especie*, como el hombre tiene un organismo adaptado á la *conciencia del individuo*.

Y ese nuevo organismo, verdadero y natural organismo, es la *Sociedad*; ella no ha terminado aún el ciclo indefinido de su grandiosa evolución, y tiene que proseguirlo y continuarlo, pero en paralelo forzoso (¡verdad consoladora!) con la evolución de los *individuos* que la componen. Las sociedades actuales han salido apenas del estado de larva, y crisálidas (1) todavía en el seno de la fermentación universal de la vida, esperan las alas de oro de su futura *personalidad*, reflejo de la plena *personalidad* de *todos* los hombres, para lanzarse á los destinos desconocidos del infinito.

Personalidad hemos dicho, personalidad alada en comparación con la personalidad de los individuos, porque si en el plan armonioso y gerár-

(1) Véase *Conscience et Volonté Sociale* de Novicow, pág. 23.

quico del desenvolvimiento de la vida, la historia del hombre es la historia de los esfuerzos de la naturaleza subiendo desde la sencilla irritabilidad de los órganos de la planta hasta el instinto de los animales, y del instinto de los animales hasta la *conciencia* del hombre, base de su *yo*, de su *personalidad*, de su *autonomía* en el piélago de seres que se desbordan en la creación; si esta es la historia del hombre, también la historia de las sociedades á su vez es la historia de los esfuerzos ó progresos de ese nuevo y verdadero *Ser Orgánico* llamado *Sociedad*, elevándose desde el informe y coático y confuso y vago instinto de las hordas primitivas hasta la plena conciencia y personalidad colosal de las modernas nacionalidades, de los modernos Estados. Allá, en la aurora de las sociedades humanas ha pasado lo mismo que allá en el dintel de esa gerarquía de los organismos vivos; la primera forma de la vida en los más remotos tiempos geológicos son pequeñas moléculas, celdillas, esporos, dotados apenas de irritabilidad, que se agrupan ó reúnen para formar plantas y animales embrionarios primero y después más perfectos, no siendo el cuerpo del hombre sino una asociación de miriadas de celdillas; pero para que esas unidades, esos organismos superiores siempre siguiendo en su aparición una gerarquía de complejidad y delicadeza cada vez mayores, para que esas unidades superiores en estructura y funciones se puedan cons-

tituir, es preciso de toda necesidad que se establezcan relaciones, vínculos, funciones mutuas, en una palabra, *cooperación recíproca* entre las unidades más pequeñas de que se forman las superiores para que en ésta aparezca la *solidaridad* de la sensación, de la *vida*, del instinto, de la conciencia.

Y estas relaciones (1) entre los centenares, ó millares, ó miriadas de unidades vivas, inferiores, que forman la unidad vital del organismo superior, pasan por diversas, por numerosísimas faces, para llegar á constituir esa unidad superior; y la perfección, la individualidad y ¿por qué no decir la palabra? la *personalidad* de esta unidad superior depende del número, del ritmo, de la frecuencia y de la rapidez de esas relaciones que comunican ó tienen entre sí las unidades inferiores; si fuera necesario un mes para que una excitación llegara del dedo al cerebro del hombre, ó esa sensación fuese transmitida con intermitencias y sin un ritmo constante, la *solidaridad* de todo el organismo humano en su sensibilidad no se llegaría á formar, el hombre no constituiría una *unidad* orgánica, ni por lo mismo llegaría á ser una *personalidad*.

Y esa evolución que pasa en la historia natural de los organismos animales, pasa también en la historia de las sociedades, porque éstas se

(1) Tomo la forma de estas observaciones de Novicow.

hallan constituidas exactamente como los organismos biológicos; así como las celdillas se aglomeran para componer cuerpos, los hombres se aglomeran para formar hordas; así como unidades formadas de celdillas se unen para formar unidades superiores y éstas otras más elevadas hasta llegar á la estructura delicada del cerebro humano y con él aparece la conciencia y la *personalidad* psíquica; así también unidades pequeñas de hombres ú hordas se agrupan para formar tribus, éstas se unen para formar clanes, los clanes se confederan para formar ciudades y éstas para formar naciones, *extendiéndose* cada vez más el ariá de la unidad social, de la solidaridad social, de la comunidad de relaciones entre unidades inferiores. Pero así como el ritmo, el número, la rapidez, la frecuencia de las relaciones entre esas unidades inferiores son la condición de la solidaridad, unidad, conciencia y *Personalidad* de la vida orgánica de los individuos, así también el ritmo, el número, la rapidez, la frecuencia de las relaciones de las unidades inferiores de que se forma un Estado ó Nación determinan la unidad de los organismos sociales y con la energía de esa unidad la aparición de la *Conciencia Social* ó de la *Personalidad Social*.

VII.

Las naciones no son sino grupos de unidades relacionadas por vínculos de simpatía, geo-

gráficos, económicos, morales, históricos, étnicos y políticos (y á veces religiosos) más estrechos que los que esos grupos pueden tener con otros grupos humanos; las naciones se han constituido englobando en estructuras más elevadas y de número, ritmo y rapidez de relaciones más definidas las estructuras inferiores que en el curso de la historia han llegado á ser organismos perfectos. En las sociedades embrionarias y prehistóricas la defensa militar, el ejército, el gobierno político, el poder judicial, la religión, la literatura, el comercio, la industria, todo se encuentra en estado protoplasmático, confuso, caótico, informe; no existen organizadas, ni especializadas, ni con estructura y funciones autonómicas esas diversas actividades; y los individuos colocados por el acaso en el seno de la horda, de la tribu, del clan son á la vez guerreros, pastores, cazadores, magos, comerciantes, y se mueven y obran bajo la fatal uniformidad del movimiento inconsciente, homogéneo, incoherente, automático de la horda ó de la tribu.

En estos períodos de inconsciencia social y de organismos informes, á la impersonalidad del grupo corresponde la impersonalidad de los individuos; todos los salvajes se parecen, como todas las tribus y hordas se asemejan; la inconsciencia de los individuos se refleja en la inconsciencia del grupo y ella depende de la pobreza de relaciones correspondientes á la pobreza de órganos,